

MARGUERITE DURAS:

— ESCRIBIRSE —

◆ JOSÉ LUIS AGUIRRE

DAR FORMA AL PASADO, ESTRUCTURARLO, RE-CREARLO. CONTAR NO ES SÓLO CONTAR Y ESCRIBIR ES PRIMERO QUE NARRAR. PORQUE LA ESCRITURA LO ES TODO. UNA REFLEXIÓN EN UN INSTANTE DEL PRESENTE DESENCADENA EL RECUERDO, LA HISTORIA. LUEGO TRABAJAR EL LENGUAJE, ACOTAR, SECCIONAR, DISECCIONAR, NO DEJAR IR LA FRASE. HABLARLE AL TIEMPO CON UNA ESCRITURA QUE SE CORRESPONDE, PUES LA ESCRITURA LO ES TODO.

Para Marguerite Duras la literatura no es un asunto que pueda inventarse. No hay nada que descubrir en ella, no es una cuestión de imaginación ni de inventiva. Sumersión en los meandros de la memoria. Escribir es evocar y la escritura lo es todo.

Rara vez escribió algo que, más que literario, no tuviera que ver con ella o con su vida de manera literal. Cuando lo hace, o da la impresión de que lo hace, en narraciones como *El amor*, el lector acaba desorientado y se pierde en ese bosque de símbolos y alegorías:

Entre el hombre que mira y la mar, siguiendo la orilla de la mar, lejos, alguien camina. Otro hombre. Va vestido con ropas oscuras. A esta distancia su rostro es indistinto. Camina, va, viene,

va, vuelve, su recorrido es bastante largo, siempre igual.

En alguna parte de la playa, a la derecha del que mira, un movimiento luminoso: un charco se vacía, una fuente, un río, unos ríos, sin punto de reposo, alimentan el abismo de sal.

A la izquierda, una mujer con los ojos cerrados. Sentada.

En *El amor*, tres personajes deambulan por un paisaje siempre desolado, no desértico, sino asombrosamente solitario y despoblado, como emergido de un sueño en el que la presencia humana ha sido devastada (sí: ecos de la Hiroshima de *Hiroshima mon amour* vienen a cuenta). ¿Sus nombres? Imposible saberlos, sólo

son “la mujer encinta”, “el viajero” y “el hombre que camina”. Distintos escenarios: una costa o malecón, un hotel, un río, la ciudad siempre desdibujada, abstrusa. No tienen presente ni pasado ¿Qué significan? ¿Qué representan? Contados además en una prosa hipnótica, cuando no mareante, que confiere a las palabras una ambigüedad nada sutil. ¿Qué realmente se querrá decir en el fondo con cada diálogo, con cada escena? Siempre algo más, parece, de lo que aparentemente pasa.

En *El amante*, Duras recrea la toma de conciencia de su sexualidad. La novela comienza con una remembranza en el presente para luego tomar como eje el romance y los encuentros sexuales con el amante, “un chino adentrado en el negocio mobiliario” a quien la adolescente Marguerite conocería esperando el ferry “que aquel día cruzaba el Mekong en dirección hacia Saigón”. Pero es un eje con numerosas vertientes, pues es difícil concebir un libro como este sin las sendas digresiones en el relato: la vida de los hermanos (seres desamparados en más de un sentido), la desnudez y dureza con la que habla de su madre, la dinámica familiar como un juego de humillación y abuso o la impresionante postal de su mejor amiga, Hélène Lagonelle, quien despierta un terrible deseo y erotismo en la adolescente Marguerite.

El cuerpo de Hélène Lagonelle es torpe, aún inocente, qué dulzura la de su piel, como la de ciertos frutos, está a punto de no ser percibida, un poco ilusoria, es demasiado. Hélène Lagonelle inspira deseos de matarla, incita al maravilloso sueño de matarla con sus propias manos. Lleva sus formas de flor de harina sin ninguna sabiduría, las exhibe para que sean amasadas por las manos, para que la boca las coma, sin retenerlas, sin conocerlas, sin conocer tampoco su fabuloso poder. Me gustaría comer los senos de Hélène Lagonelle como él come mis senos en la habitación de la ciudad china donde cada tarde voy a profundizar en el conocimiento de Dios. Ser devorada por esos senos de flor de harina que son los suyos.

A base de frases entrecortadas, la expresión va creando imágenes como pinchazos que hunden al lector en un contexto, enfatizan las sensaciones y celebran el

ESTO ES LA CUESTIÓN FUNDAMENTAL PARA UN ESCRITOR QUE INVENTA: LA HISTORIA. BUSCAR Y ENCONTRAR UNA HISTORIA QUE CONTAR, ACASO PORQUE ÉL MISMO NO LA TIENE.

instante. Una literatura que es remembranza y una escritura que trae el pasado hacia el presente, con un lenguaje potenciado y una cadencia propia que realza todo y lo consume.

Son *El amante* y *El amor* libros representativos de los dos tipos de literatura que Marguerite Duras ejerció: una de remembranza y autoficcional (aunque con muchos matices de precisar necesarios) y otra más experimental (de vanguardia, deudora de la *nouveau roman*, la literatura norteamericana, el monólogo interior y el guion cinematográfico) que acabaría convirtiéndose en la vertiente más tradicional de su obra por el uso de la tercera persona y personajes arquetípicamente de ficción.

Entre el escritor que inventa y el escritor que escribe, Marguerite Duras opta siempre por lo segundo, el escritor que hace escritura, una escritura al servicio de sí misma y del lenguaje. En contraposición directa, el escritor que inventa no hace más que poner la escritura al servicio de la trama, atar cabos, resolver, incluso determinadamente resolver, como si una historia pudiera resolverse, como si las historias tuvieran un final. Esto es la cuestión fundamental para un escritor que inventa: buscar y encontrar una historia que contar, acaso porque él mismo no la tiene.

Nada más lejos de lo que hace Duras. Ella es la historia. Se mira a sí misma y se arranca una parte. No conforme con eso, la enriquece, es decir, escribe. Para, al final, decir que toma de sí misma literatura. Para, al final, decir que ella misma es literatura, pero sólo después de escribir, escribirse. Este es el aporte medular de Marguerite Duras a la ficción. Ni biografía plena ni escritura anclada sólo en las palabras, sino palabras que vienen de la herida, el pasado. Fragor, fragor es la palabra. ◆